

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>Una mediocre novela sobre la homosexualidad</p> <p><i>La misa ha terminado</i> GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL Ediciones Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín, 2014, 217 págs.</p> <p>DESDE LA portada, pasando por la dedicatoria, sus personajes y su tema, <i>La misa ha terminado</i> es una novela que enfrenta el tema de la homosexualidad. En la portada aparece un san Sebastián, es el del pintor Marco Palmezzano, que mira al cielo con pose amanerada y recibe en su tórax dos lánguidos venablos. La dedicatoria es para Fernando Molano, el escritor que murió de sida a una edad temprana y dejó dos libros que son como hitos en el panorama de la literatura gay colombiana. Los personajes principales de esta novela son tres sacerdotes que asumen la vida sexual con los hombres como <i>modus vivendi</i>, no solo para gozar de manera desahogada, sino para acceder a las instancias del poder clerical. El tema de <i>La misa ha terminado</i> es la situación interna de una iglesia que, gobernada por hombres aparentemente célibes y virtuosos, ha caído en el lodazal de una mariconería enferma y delirante. Tal palabra puede resultar incómoda en esta reseña, pero de acuerdo con el lenguaje que utiliza Gustavo Álvarez Gardeazábal a lo largo de sus páginas, no desentona en absoluto. La novela, y este es uno de sus rasgos más visibles, está impregnada de un vocabulario especial para describir a sus personajes. Ellos son locas, maricas, cacorros, terneros, mamones, y un largo etcétera de epítetos que dan a esta narración un aire de fuerte prosaísmo.</p> <p>Es difícil acercarse a <i>La misa ha terminado</i> sin tener en cuenta el ruido que han provocado sus lanzamientos en algunas ciudades del país. Álvarez Gardeazábal no solo es el autor de una obra importante sobre la violencia partidista colombiana (<i>Cóndores no entierran todos los días</i> [1972]), sino que ha sido una figura política en cierta medida contestaría en una región conservadora (fue dos veces alcalde de Tuluá y gobernador del Valle). Además,</p>	<p>padeció cárcel por enriquecimiento ilícito cuando era gobernador y, para culminar este prontuario de figura literaria y política, fue durante muchos años uno de los animadores centrales de <i>La Luciérnaga</i>, programa radial que oyen millones de colombianos todos los días y en el que la voz crítica de Gardeazábal siempre se escuchó con aire polémico. Tal plataforma ha ayudado a construir en torno al último Gardeazábal la imagen de un hombre público irreverente que no tiene pelos en la lengua para criticar y denunciar situaciones anómalas. Ella, igualmente, ha jalonado con fuerza la difusión de su novela y su primera recepción. La mayor parte de las reseñas periodísticas señalan el carácter acusador y beligerante de <i>La misa ha terminado</i>, pues en ella se abordan las relaciones sexuales de los curas sazonadas con diversas peripecias (desde el sexo oral en los baños de los seminarios hasta las holganzas obispaes y cardenalicias en moteles, hoteles y burdeles; desde el voyerismo y onanismo hasta penetraciones anales realizadas por negros muy bien dotados). Señalan los reseñistas también un cierto magisterio en la técnica narrativa y en el manejo de la trama. Como son reseñas que muchas veces recogen la voz del mismo Gardeazábal, coinciden en que la novela ha tenido el privilegio de llenar un vacío, ese que consiste en develar por fin para la literatura la oscura verdad sexual que guarda en sus altares la Iglesia católica. Incluso, el mismo autor ha confesado que ya puede morir tranquilo porque ha escrito una novela que le parecía fundamental no solo para dejar su conciencia en paz, sino para poner en tela de juicio la mala conciencia de aquella cofradía religiosa. Pero todo esto forma parte del ruido de las letras colombianas y no deja de ser una parafernalia narcisa propia de cierto ámbito periodístico y homosexual. En la Fiesta del Libro de Medellín, en septiembre de 2014, fiesta a la que oficialmente no se invitó a Gardeazábal, lo que acarreó al escritor de Tuluá una verdadera pataleta, se presentó no obstante <i>La misa ha terminado</i>. Era imposible no hacerlo, pues la novela la editó Ediciones Unaula cuya sede está en Medellín. Allí entonces llegó Gustavo Álvarez Gardeazábal en medio de una acalo-</p>	<p>rada comparsa de músicos y teatreros ambulantes disfrazados de seminaristas, curas y cardenales travestidos que repartían bendiciones a diestra y siniestra.</p> <p>Pero una cosa es la batahola de los medios en torno a una novela y otra es la novela misma. Tratemos, por lo tanto, de ver qué tipo de obra es <i>La misa ha terminado</i>. La novela está conformada por 140 capítulos cortos en los que se narran, de manera más o menos alternada, las vidas de varios personajes. En primer lugar, están los avatares de Martín Ramírez y Rogelio Briceño quienes, desde que nacen hasta que mueren, se ven sacudidos por la férula de sus combativos genes homosexuales. Ambos crecen en medios humildes y populares y terminan encontrándose en Tuluá, donde viven una veloz carrera de seminaristas promiscuos que los llevará a ser curas antes de tiempo, y a morir juntos en circunstancias delictivas. Ramírez y Briceño, contagiados de sida e incapaces de enfrentar el futuro escándalo de sus carreras sacerdotales, deciden pagarle a un sicario para que los asesine con el pretexto de robar sus dineros. Los dos confluyen en la vida de otro de los personajes principales: Casimiro Rangel, quien encarna, con su triunfal carrera clerical, las viscosas relaciones entre poder eclesiástico y homosexualidad. La historia de Rangel es quizá la más interesante de la novela. Siendo un hombre de la provincia colombiana logra ascender a cardenal de la Iglesia gracias a sus maquinaciones y clandestinas aventuras homosexuales. Es de la mano de Rangel, por lo demás, que Gardeazábal inventa la visita del papa Benedicto XVI a Buga, lugar en donde aquel ocupa su administración religiosa. Por medio de Rangel, igualmente, la novela nos muestra la faceta antagónica que presenta la Iglesia frente al tema de la sodomía. Hay unas fuerzas eclesiásticas homofóbicas, el narrador las define a veces como fascistas y paranoicas, a veces como aquellas que deben encargarse de la purificación de la suprema institución de los católicos, representadas por el padre Antonio Viazzo. Viazzo, que tiene muchos elementos biográficos y temperamentales del papa Francisco, será enemigo y crítico de las acciones</p>

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>de Rangel y los dos terminan enfrentándose. Enfrentamiento que, al ser Viazzo coronado nuevo papa al final del libro, desembocará en el suicidio de Rangel en un hotel barcelonés, trajeado con sus solemnes atavíos de cardenal. La novela teje a lo largo de sus numerosos y entrecortados capítulos estos itinerarios y los relaciona con una serie de cartas y de reflexiones de un narrador metaficcional. También al final este revela su identidad y dice llamarse Gardeazábal, e informa sobre su ideología atea y sus deseos de escribir la novela que, finalmente, estamos leyendo.</p> <p>Los capítulos breves ideados, según el autor, para un público actual afecto a los teléfonos celulares, al internet y al <i>whatsapp</i>, y esta intromisión de un autor que critica su propia novela en el interior de sus páginas, podría otorgar un cierto aire de modernidad literaria a <i>La misa ha terminado</i>. Tal aspecto marcharía de la mano con el papel transgresor de una obra que aborda el tema de la homosexualidad en la iglesia sin rodeos hipócritas, si ella misma no presentara incómodos obstáculos. Estos ponen en entredicho la exagerada valoración que la crítica periodística, ruidosa y equívoca, ha realizado de la novela. Veamos algunos de ellos. En primer lugar, está su desmañada escritura atiborrada de errores gramaticales y sintácticos. El papel de un editor vigilante brilla por su ausencia y esto se hace todavía más preocupante al tratarse de una editorial universitaria. Si hay una prueba fehaciente de cómo envejece mal un escritor colombiano renombrado es la factura de una obra como <i>La misa ha terminado</i>. La ausencia de ese editor atento se corrobora de manera clara cuando nos damos cuenta de que una de esas cartas que el presbítero Efraín envía al escritor Gardeazábal se repite pero con fechas diferentes. Por otro lado, está la ordinariez de la novela, su vulgaridad que no da tregua. Ahora bien, este perfil pretende hacerle creer a un lector ingenuo que el prosaísmo de la palabra está enlazado al carácter mismo de la transgresión que ellas buscan. Basta pensar que hay novelas sobre homosexuales que no mencionan la palabra semen, la palabra ano, la palabra verga, y sin embargo por el espesor problemático de sus personaj</p>	<p>jes resultan siendo más inquietantes y memorables que esta inmersión caricaturesca que Gardeazábal ha efectuado en el mundo de los pedereastas curas.</p> <p>El asunto de la poca hondura de los personajes de <i>La misa ha terminado</i> obedece a que ellos son tratados de manera trivial y casi monótona por este narrador que, al intervenir tanto, termina desluciendo de principio a fin su obra. El caso más bochornoso es el de Martín Ramírez. “Era tan feo que daba pena mostrarlo”, así empieza la novela, y la criatura será fustigada incessantemente por su fealdad, su flacura y, por supuesto, su mariconería esperpéntica. De tal manera que el lector se ve aplastado por un personaje que se la pasa todo el tiempo chupando vergas y abriendo sus entecas nalgas para que sus amantes lo penetren. Otro caso es el del Demente. Un hombre que se reduce a perorar sobre las profecías de los pastorcillos de Fátima y a fornicar con las putas que se desviven por su gigantesco miembro. Es verdad que algunos personajes de Henry Miller, Yukio Mishima o Gore Vidal, por no hablar de los de Sade, se la pasan también en faenas sexuales vertiginosas e intensas. Pero en estos autores hay, por lo general, un trasfondo psicológico o filosófico o moral que estremece la lectura. En Gardeazábal este basamento se esfuma por el carácter mismo de su fragilidad verbal, por su agotadora e incipiente reiteración y su malograda vulgaridad.</p> <p>Gustavo Álvarez Gardeazábal se jacta de ser el primero, con su obra <i>El divino</i>, en haber introducido un homosexual en la televisión colombiana. Con <i>La misa ha terminado</i> pretende haber puesto el dedo en la llaga de la oculta y no tan oculta cacorrocracia de la Iglesia católica. Pero, sucedida la lectura de la novela y sopesado el bullicio de los medios audiovisuales, es fácil concluir que una novela así solo puede escandalizar e inquietar a un público lector ajeno a las exigencias deparada por esa literatura homosexual que no deja de suscitar preguntas y provocar el inagotable placer de lo prohibido. Al lado de ellas, <i>La misa ha terminado</i> es solo un endeble intento, una novela que no pudo develar el relieve del deseo, esa enorme cicatriz luminosa, para utilizar una expresión</p>	<p>cara a los estudiosos de la literatura homosexual de nuestros días.</p> <p>Pablo Montoya</p>